

LA ARTESANÍA ALMERIENSE. RAZONES PARA SU CONTINUIDAD EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO

CARMEN RUBIO SOLER

"Jarra de vidrio, cesta de mimbre, huipil de manta de algodón, cazuela de madera: objetos hermosos no a despecho sino gracias a su utilidad.

La belleza les viene por añadidura, como el color y el olor a las flores. Su belleza es inseparable de su función: Son hermosos porque son útiles".

Octavio Paz

INTRODUCCIÓN

Una reflexión sobre lo artesano y su situación en la actualidad

Los objetos artesanales forman parte de ese mundo anterior a la separación de lo útil y lo hermoso. Cuando la sociedad estaba dividida en dos territorios, lo profano y lo sagrado, la belleza se subordinaba, en un caso, a la eficacia del uso y, en el otro, a la eficacia de la magia. Esta belleza, que solía ser involuntaria, era producto de la relación entre el cómo se hacía el objeto y el para qué se hacía. Antes de la revolución estética las obras de arte poseían su valor en el nexo entre belleza y sentido, forma y signo, referencia al significativo último que era la divinidad.

Ahora la obra de arte pasa por los sentidos pero no se detiene en ellos, pretende ser concepto, transformarse en una operación intelectual que también es un rito mágico: comprender. La obra de arte se consagra como objeto único. Con la revolución industrial llega la producción, cada vez mayor, de series de útiles iguales que pretenden ser perfectos, de objetos anónimos que tienen el pasar inadvertidos como una de sus más importantes virtudes, artefactos mudos que sólo nos remiten a su operatividad, instrumentos que en la búsqueda

de la exactitud se han dejado en el camino la belleza y que ahora presentan una fealdad a veces no exenta de encanto. El diseño actual pretende comprometerse con la utilidad y la estética, pero en la búsqueda de la belleza prima la funcionalidad, el uso final del objeto, que le lleva a la máxima simplicidad de las formas, a una elegancia extraña que busca la invisibilidad.

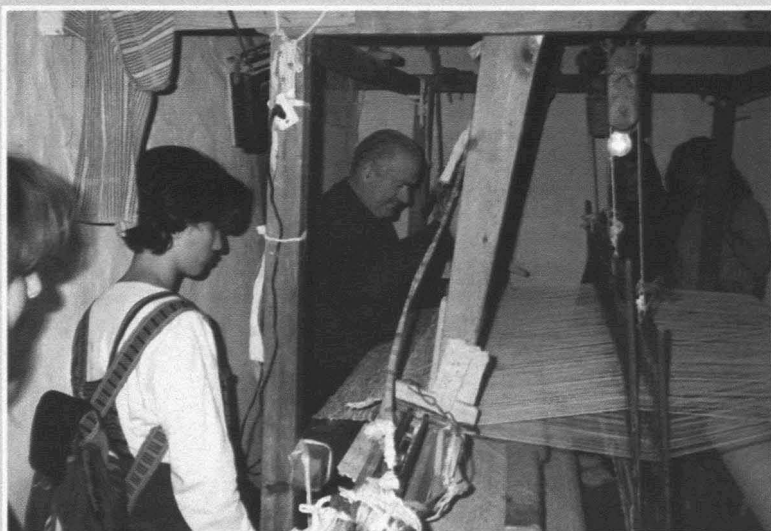
Pero Paz también nos define la artesanía como una presencia física que nos entra por los sentidos y en la que se quebranta continuamente el principio de la utilidad en beneficio de la tradición, la fantasía y aún el capricho. La artesanía nunca produce series de objetos iguales, ni estos pretenden ser perfectos, siempre llevan la impronta de la huella de la mano de su autor, como su «firma», como su marca, su capricho voluntario, y son ocasión tam-

bién para el azar, otro capricho. La artesanía no aspira a ser muda ni invisible, apela a nuestros sentidos y es ahí donde encuentra su espacio: en lo compartido, en lo táctil. No podemos tocar una obra de arte y no podemos dejar de manosear una obra artesanal, esa presencia física. Las obras artesanales no se rigen por la función, sino por el placer, si creemos en éste como la unión de utilidad y belleza. Nunca se alejan del uso último del objeto, lo único que no posee función en un objeto artesanal son sus adornos. El objeto artesanal es un objeto sociable, se comparte, es el centro de muchas actividades humanas en las que funciona como centro radial (como en el centro de la mesa), o como fondo contenedor (algunos tejidos y tapices).

En lo artesanal el paso del tiempo pretérito al tiempo presente no contiene ruptura, es una continuidad, no existen importantes innovaciones que provocasen abandonar un proceso, sino aportaciones que complementaron ese proceso. El tiempo artesanal no es tiempo histórico, es un tiempo tradicional, en el que el artesano no necesita vencer al tiempo, tiene que dejarse fluir en él, las obras se repiten con imperceptibles variaciones pero persisten en el tiempo. El tiempo conquista al objeto y al artesano. Las técnicas artesana-



Taller de artesanía en Alhabia. Cerámicas González C.



Telar en Nijar. Alumnos observando.

les son locales, preservan las diferencias y la diversidad social y fecundan las características culturales de su entorno. Por esto la tradición local está siempre relacionada con la artesanía y, en general, con el patrimonio cultural, con las raíces y las fuentes ancestrales de una sociedad.

El taller artesanal es ejemplo de espacio humano, en su tamaño, en su fluir y en sus relaciones. Es una «comunidad organizada con propósitos creativos», en palabras de J.C. Argán, que defiende el espíritu del trabajo colectivo del taller. El individuo existe en la sociedad tecnológica y es contagiado por la masa, pero entre masa e individuo, el grupo, en este caso el de artesanos, es un individuo, y no se producen descubrimientos individuales sino procesos tradicionales. El taller artesanal posee un carácter marcadamente colectivista, y por sus dimensiones, el número de personas que lo componen y las relaciones entre éstas, propicia la convivencia democrática. El trabajo del artesano no es solitario, y los tiempos de su jornada vienen marcados por las necesidades humanas, las relaciones forman parte del todo, no se está dominado por la producción, sino por la práctica del oficio. El taller es un microcosmos al que quizás debiéramos volver nuestras miradas, en él se encuentran muchos de los valores que intentamos recuperar, transmitir a los jóvenes y establecer como eje del desarrollo humano.

En la actualidad la sociedad ha

puesto de nuevo su atención en la artesanía, lo notamos en el aumento de talleres de aprendizaje, la proliferación de ferias y mercados de artesanía o el gran número de exposiciones en instituciones y museos, quizás con objeto de diferenciar los productos manuales de la frialdad de los seriadados industriales, quizás por ser una posible explicación del modo de vida de generaciones pasadas, o por personalizar el entorno, no sólo el propio sino el visi-

tado. El sentimiento regionalista, cada vez más importante, ayuda a crear un ambiente en el que se puedan rescatar las raíces culturales, económicas e históricas de cada pueblo. Los productos artesanales poseen la capacidad necesaria para esta recuperación del patrimonio cultural y su perseverancia para generaciones futuras. Pero en el caso español, y sobre todo del sur peninsular, este fenómeno es un poco más complicado, hemos visto crecer de forma atropellada la confianza ciega en el progreso técnico-industrial y en el crecimiento económico, lo que ha provocado un desprestigio total de aquello que recordara lo rural o la vida tradicional, asimilándola a pobreza, y al estancamiento económico, aquello de lo que se pretendía huir. Pero nosotros gozamos, a pesar de todo, de una rica panorámica del arte popular y de la artesanía ya que en España, al aplazarse la industrialización se retrasó también la muerte de los oficios artesanos y el menosprecio del trabajo manual, por entenderse como contradictorio con el progreso. En nuestro entorno fue simultánea la desaparición de algunos talleres artesanales por estos motivos, con el resurgimiento de otros favorecidos por el desarrollo turístico de la época, lo que permitió su supervivencia de modo general.

Sin embargo, el avance de la industrialización no debe hacernos pensar que la actividad artesanal carece de importancia para la generación de riqueza, empleo y divisas. Con respecto al empleo, la creación de puestos de



Antiguo espartero. Alumnos aprendiendo a trenzar pleita.



Taller de alfarero.



Taller de bordados en Níjar.

trabajo en artesanía no necesita ni demasiada inversión, ni maquinaria ni tecnología, y, en ocasiones, ni espacios específicos, ya que el trabajo puede realizarse en el domicilio propio por su libertad en el horario y, a veces, por su carácter temporal. Por otra parte, sobre las materias primas, el artesano no se ha de preocupar por las importaciones ni el transporte de ellas. Las materias primas son los recursos locales en una perfecta adaptación al medio de las que adquiriríamos muchas enseñanzas en la actualidad: incluso una zona aparentemente pobre como es el sureste español, Almería, presenta una artesanía absolutamente respetuosa con las relaciones ecológicas.

Las empresas artesanas fijan la población rural y estabilizan la pequeña y mediana economía en momentos de crisis, como ha sucedido en poblaciones tan concretas como Níjar o Mojácar, que se han convertido además en fuentes de divisas debido al turismo y a la exportación de productos artesanos de calidad y tradición, hasta el punto de ser en la actualidad, no solo exportadores al exterior, tanto al territorio nacional como al extranjero, sino

receptores de objetos artesanales del resto de la provincia, que utilizan estos mercados como salida a su producción por tener ellos menos difusión turística.

Pero la artesanía sufre una postración económica, y su lucha por mantenerse en el mercado, enfrentándose con la competencia de los productos industriales, refleja cierta incapacidad debida a varios factores: por una parte, la dificultad para subir los salarios, ya que el trabajo manual ha de ser pagado pero no existen los incrementos de productividad, pues el proceso artesanal no lo permite; por otra parte, el avance de la perfección de los productos industriales relega a lo artesano; y, por último, frente a la especialización de la cadena de producción industrial los artesanos asumen las funciones de producción, gestión y distribución. A todo esto hay que añadir las dificultades para garantizar la continuidad de los oficios, su aprendizaje, la escasez de algunas materias primas, etc.

La necesidad de no perder nuestra propia identidad, nuestras raíces culturales y sociales, son quizás los elementos que aseguran la superviven-

cia de la artesanía y por lo que la Administración se da cuenta de la importancia de evitar el olvido de estas raíces, lo que se refleja, por ejemplo en el nuevo sistema educativo y en el protagonismo que adquieren en la Formación Profesional Específica de las Escuelas de Artes que, si bien están perdiendo talleres, fomentan la formación reglada de procesos artesanales, ubicando en cada población los Ciclos Formativos correspondientes a actividades tradicionales locales.

LAS RAÍCES DE LA ARTESANÍA ALMERIENSE

Si en estos últimos años podemos hablar de una situación económica en expansión, no debemos generalizar ese estado al resto del siglo, en el que la situación económica de Almería ha sido claramente marginal. Y si ese recuerdo de los vivos es de total pobreza al referirse a nuestra provincia, no se corresponde en absoluto con nuestro pasado más lejano en el que nuestra tierra fue punto de encuentro para diferentes etnias y tradiciones cultura-



Muestras de artesanía almeriense.

les. En torno al tercer milenio a. C., la Cultura de los Millares es el crisol para pueblos invasores procedentes del Egeo y la cultura local de rasgos culturales mezcla de lo oriental y lo africano. Millares conoce la cestería, los tejidos de esparto (de los que tenemos muestras en el Museo Arqueológico Nacional, a pesar de lo efímero de su existencia), la cerámica, muy desarrollada técnicamente, y los metales. En el segundo milenio la Cultura del Argar desarrolla el trabajo de metales con nuevos materiales como el oro, la plata y el hierro para confeccionar vajillas, alhajas, herramientas y armas, los tejidos se perfeccionan con las aportaciones del lino y el uso del telar, se trabajan también las pieles y se continúa con la cestería y la cerámica. Es una etapa de gran actividad comercial con todo el Mediterráneo.

Hasta el siglo VIII romanos, bárbaros y bizantinos son los responsables del aporte cultural de nuestra provincia. Con la llegada de los árabes el comercio por mar vuelve a florecer en nuestra ciudad, que actuará como enlace entre el Oriente y el Califato. Las artesanías serán muy parecidas en toda Al-Andalus, si bien despuntaban las granadinas y las cordobesas durante el Califato, esplendor del que se vio beneficiada nuestra ciudad al caer Córdoba y refugiarse en Almería muchos de sus artesanos, buscando tranquilidad y salidas comerciales para sus productos. No es de extrañar que durante los almorávides la ciudad fuera el enclave principal. Contaba con más de

800 telares, aunque era conocida por la fabricación de instrumentos de cobre y hierro, y el mármol de Macael era ya exportado, siendo una fuente importante de desarrollo económico, y la cerámica de Pechina aún formaba parte fundamental de nuestra cultura artesana.

La reconquista fue un duro golpe para la artesanía almeriense, pero de diferente intensidad según las zonas. En aquellas localidades en las que permanecieron los musulmanes el desastre fue menor, sin embargo la expulsión definitiva tras la revolución del 1568 provocó que la industria artesanal entrara en un periodo de decadencia, sus ámbitos de influencia quedaron reducidos a lo comarcal o local, pero en todo caso han pervivido hasta la actualidad.

TEJIDOS

Para el posterior apogeo de la industria textil almeriense fue imprescindible la introducción del regadío por los árabes, pues promovió nuevos cultivos, y la importación de nuevas técnicas telares. Entre estos nuevos materiales cabe destacar la seda, que elevó a Almería a ser el mayor productor de estos tejidos en todo Occidente, cuya industria, de gran calidad, se popularizó con los fiñaneros, pañuelos de seda para las cabezas de las mujeres fabricados en Fiñana, que fueron famosos desde el siglo X. Pero no sólo éstos, Tapia Garrido enumera

y describe todo tipo de tejidos y vestidos que fueron realizados y exportados hasta la reconquista y algo más, la expulsión definitiva, tras la cual comienza una decadencia progresiva que conducirá a la casi desaparición de esta industria a favor de otros focos europeos como Italia y Francia durante el siglo XVII.

Un siglo después, el Marqués de los Vélez eligió Vélez-Rubio como centro textil, por situarse en el camino entre Cartagena y Andalucía, y allí comenzó una nueva etapa con los paños de lana, dada la importancia de la cabaña ovina de la comarca. En el s. XIX aún son numerosos los telares en toda la provincia. Permanece la seda en la zona oeste y el lino y el cáñamo en el levante.

Los temas con los que aún se decoran los tejidos tienen su origen en las dos diferentes culturas, la cristiana y la musulmana. Los primeros poseen carácter simbólico religioso: la vid, la paloma, el pez, etc.; y los de procedencia árabe incluyen motivos geométricos, dentro de los cuales se colocaban figuraciones como la flor de acanto, el árbol de la vida... Pero la influencia musulmana se refleja también en los colores: verde, negro, amarillo y rojo, que encuentran su máxima expresión cromática en las mantas «arco iris» típicamente alpujarreñas, al igual que las de nudos o «de mota» que se realizan entresacando las hebras antes de apretar con el peine, y de las cuales se han encontrado tejidos muy parecidos en Grecia y Sicilia.

Pero quizás el tejido más típicamente almeriense sea la «jarapa», ejemplo, de reciclaje de restos de trapos que describe el estado de empobrecimiento de la sociedad rural almeriense. Este tejido se realizaba en los talleres familiares para uso doméstico, y al ir desapareciendo esta tradición y con el primitivo desarrollo económico, se conservaron algunos telares que se dedicaron a la confección por encargo. Algunas piezas de ajuar han sido tradicionalmente jarapas, es el caso de la manta para aislar y proteger los colchones de los somieres antiguos, que por ser de muelles solían romper las telas más finas, para la confección de estas piezas las novias llevaban las tiras de trapos realizadas por ellas mismas con restos de sus ropas viejas de solteras. Era, quizás, una forma de limpiar restos de etapas anteriores y conservar, al mismo tiempo, los mismos restos bajo otra apariencia.

En Almería no se encuentra una marcada división del trabajo como en otras regiones, el tejedor puede ser también



Útiles de esparto para la labranza.

tejedora, sin embargo son siempre hombres los que preparan la urdimbre en el «enjuilio», por lo pesado de la labor y la necesidad de fuerza física para llevarla a cabo, aunque las mujeres pueden muy bien preparar el peine y las canillas y, sobre todo, en el caso de las jarapas, preparar las tiras de trapos, al igual que cardar e hilar la lana en el caso de los tejidos alpujarreños.

El telar es una instalación muy resistente que pasa de una generación a otra, al igual que el oficio, formando parte del patrimonio familiar de manera muy ostentosa al estar ubicados en el centro del hogar (la mayor producción se realizaba en invierno, cuando menos faenas agrícolas había) y en muchos casos apuntalados a los muros de la casa ya que dado su tamaño y su uso solían descuadrarse. En zonas turísticas los tejedores han podido sobrevivir gracias a la venta de sus productos, pero con aplicaciones desnaturalizadas, como el caso de las jarapas que dejan de colocarse debajo del colchón para pasar a ser colchas y, así, protagonistas en la decoración.

Pero en el caso de nuestra provincia los primeros años del gran desarrollo turístico no fueron demasiado favorables para el turismo rural, y los focos productores de tejidos estaban mal comunicados y alejados, lo que provocó una selección no intencionada de las industrias familiares que sobrevivieron hasta que la situación fue más propicia. Hubo un tiempo en el que tan solo se podía encontrar un tejedor de jara-

pas tradicional en toda la provincia, Ramón Soler, de Níjar, que ha subsistido como tejedor hasta su jubilación, gracias a un pequeño comercio, pionero en el pueblo que actualmente vive del turismo, en el que también vendía cerámica local, de gran creatividad y riqueza, como veremos más adelante. Actualmente, en Níjar es raro encontrar una jarapa confeccionada de forma manual, aunque alguna familia con tradición tejedora ha recuperado esta técnica, lo normal es encontrar productos fabricados en Murcia de manera industrial, que abaratan el producto. Caso parecido es el de Berja y sus mantas alpujarreñas de «arco iris», realizadas por un taller familiar y explotado en un pequeño comercio.

Estos telares de los que hemos hablado, los tradicionales, son los llamados horizontales, pero existen también los verticales, de menos arraigo en la fabricación de tejidos populares y más empleados en la confección de tapices y alfombras, aunque pueden recuperar el gusto y la afición por el telar, lo que podría ser positivo para el futuro de esta artesanía. Lo cierto es que lo producido en estos telares de alto lizo no tiene nada que ver con la tradición local y que la colección de telares de bajo lizo de todos los tamaños, formas y complejidades que posee la Escuela de Artes de nuestra ciudad, duermen el sueño de los justos desde hace algunos años que murió el profesor y que no ha sido sustituido, no sabemos muy bien si por ausencia de artesano que pueda ocupar su puesto o por au-

sencia de presupuesto para continuar la actividad; de todas maneras, las herramientas, los instrumentos, los telares aún permanecen.

ESPARTO Y CESTERÍA

La cestería es una labor muy extendida desde la Antigüedad, es la primera forma de tejido y una de las primeras maneras de confeccionar «contenedores», más tarde llegaría el vidrio, los metales, la madera, etc. Entrecruzando vegetales se fabricaron pequeños o grandes cuencos para almacenar y transportar. Algunos hallazgos de pinturas rupestres demuestran que el trabajo de vegetales es incluso anterior a los momentos neolíticos, estadio en el que se descubre la alfarería. En los yacimientos de El Argar se han encontrado restos carbonizados de tejidos de esparto, como esteras, suelas de alpargatas, etc.

Aunque es probable que los primeros que explotaran el esparto en nuestra tierra fueran los fenicios, parece ser que fueron los cartagineses los que hicieron de esta explotación una fuente de riqueza importante, debemos recordar que el sureste de la Península fue conocido en la Antigüedad como Hispania Spartaria.

Si describimos el clima y el suelo que requieren las plantaciones de esparto veremos que se identifican perfectamente con las tierras del sureste español, un clima duro, de veranos ardientes que puede soportar inviernos duros, aunque no sea nuestro caso, pero sí la cercanía del mar, que aumenta la calidad de la planta. El esparto crece en suelos pedregosos ricos en sales, pero nunca a la sombra, y en cerros y tierras sin cultivar. Es una planta de tallos sencillos y macizos con hojas rígidas, enrolladas y muy largas, cuya raíz externa se llama «atocha»¹.

En Almería han existido grandes extensiones de plantaciones de esparto, de las que aún hoy podemos ver muchas, ya sin explotar en la zona de Níjar. En épocas anteriores su recolección y explotación eran una de las fuentes de riqueza de nuestra tierra y de creación de trabajo. Los cuidados, como la «escarda»² y la «quema» de

¹ En pleno Parque Natural de Cabo de Gata-Níjar hay un paraje llamado *Atochares*, cuya población es de nueva colonización; el pueblo no tiene más de cincuenta años de existencia. Existe otra localidad en la provincia cuyo nombre procede de la tradición espartera, *Serón*, una pieza realizada con esparto.

² Limpieza de las hojas viejas que no se retiran en su momento.



Vasijas de barro secándose. Alhabia.

atochas³, así como la recolección, completaban la economía de explotación familiar de la zona. A finales del siglo pasado más de dos mil hombres se ocupaban en el esparto, que era exportado en ramas para la explotación de las industrias papeleras extranjeras.

El esparto ha creado también todo un argot, a su alrededor, con términos para cada uno de los procesos del trabajo, las herramientas, etc.

Pero al igual que la economía familiar era escasamente desahogada con los jornales de la recogida del esparto, existía una producción familiar para los aparejos de labranza, trabajos agropecuarios, faenas domésticas, los animales de labor, etc., necesaria por el tipo de economía que imponía la miseria de esta tierra y que se realizan con esparto, en cuyo proceso entran todos los miembros de la familia, incluso los abuelos.

La pobreza de la zona, que impulsaba a trabajar a estos jornaleros estacionales en cualquier quehacer con

que sostenerse en épocas de paro, les obligaba a especializarse en el oficio, que tenían que compartir con otras tareas agrícolas. Pero estos artesanos profesionales realizaban sólo aquellas piezas más complicadas y complejas, ya que las más sencillas eran del conocimiento de cualquiera de los miembros de la comunidad, y algunos se especializaban en la confección de objetos como es el caso de las esteras, los «estereros». Estos artesanos profesionales trabajaban por encargo, a causa de la necesidad de tiempo invertido en la labor y las escasas ganancias, y se reunían en localidades o pueblos especializados⁴.

En una explotación agrícola familiar, todos los miembros participan en el trabajo del esparto. La mujer trenza la «pleita», hace la «tomiza» para coser, y, en el caso del esparto «machacao», ayuda en esta labor. El hombre recoge el esparto, lo machaca, lo cose y lo vende. La realización de piezas de-

pende del tamaño y la complejidad de éstas. Los ancianos, como los pastores, por contar con mucho tiempo, han sido siempre aficionados a las labores manuales, por lo que es fácil aún verlos trabajar el esparto en sus largas horas de soledad, pero sólo piezas pequeñas, fáciles de transportar, aunque algunas de gran complejidad.

Las pocas personas que aún hoy se dedican a la confección de piezas de esparto en nuestra provincia coinciden en el siguiente juicio: «donde hay esparto, hay hambre». Además nos hablan de la dureza de esta producción agrícola, de la recogida, del bajo precio del producto y de la escasa valoración del trabajo artesanal.

Me costó mucho encontrar alguien que pudiera transmitir todo esto a mis alumnos, no desde la academia, donde tenemos trabajos de investigación, tanto de historia como de léxico, sino desde la tierra. Encontré a Miguel Abad en Atochares (dónde si no). Nos enseñó su trabajo, sus herramientas, subimos al cerro y, junto a la mata, trabajó el esparto, nos contó historias, motivó a los jóvenes y les enseñó que el esparto no es «cosa de miseria» como les habían hablado sus familiares cuando preguntaron. Ellos, al volver a casa, puede que ayudaran a que sus mayores no renegaran de la tradición de la «planta del sol», como es conocido en algunos lugares de la provincia, y a que reconocieran, como sucedió con muchos, que sabían trabajar el esparto.

Quizás para muchos los canasteros no lo son del esparto, lo son del mimbre, la caña o el junco. Y es probable que lo identifique con los más hábiles de los cesteros, los gitanos. En Almería estos trabajos han sido tradicionales en la Alpujarra, donde se realizaban grandes cestos de mimbre blanco, y en la Costa con cestos de caña partida. A finales de los setenta Cáritas Diocesana recuperó la cestería como medio de ingresos para algunas familias gitanas que con anterioridad habían vivido de ello. Así, los almerienses volvimos a ver los canastos típicos de pescador, ovalados, llanos y con una sola asa central, en las puertas de los Mercados y en puestos de Ferias y «mercadillos». Aún hoy se ven grupos de gitanos andando desde la «Pescadería», nuestro barrio de pescadores, en dirección al centro de la ciudad con sus brazos llenos de cestos artesanales para vender.

CERÁMICA

La tradición alfarera almeriense viene desde la época prehistórica. Las zo-

³ Para mejorar su calidad la atocha es quemada de forma que las hojas siguientes nacen más tiernas y finas.

⁴ Es el caso de algunos pueblos de Jaén, de donde aún hoy se importan serones y aguaderas a los pueblos de turismo de nuestra provincia, como por ejemplo a Níjar.

nas de asentamiento han sido también de paso obligado de diferentes culturas, lo que ha provocado una gran riqueza creativa. No es quizás momento éste de hablar de la cerámica argárica y de Millares, que dan para trabajos extensos y apasionantes, pero no quiero dejar de nombrar la labor que están realizando en Benahadux los Hermanos Salas, en el Museo local, donde podemos ver toda una colección de piezas, reproducciones de los ejemplares encontrados en nuestros yacimientos, con la particularidad de que se han confeccionado siguiendo el proceso prehistórico, selección de la tierra, creación y amasado del barro, utilizando los mismos desgrasantes naturales de la zona, hechura sobre la matriz que forma un hueco en el terreno, y por último secado y cochura natural enterrando la vasija en la tierra y quemando sobre ésta la leña. Tanto la piezas como el proceso se pueden ver en el Museo gracias a la grabación en video de la realización completa.

Pero el momento más importante de la historia de la cerámica almeriense, como del resto de la Península, es el periodo de dominación musulmana, cuando proliferan localidades y barrios especializados de los que aún conservamos el nombre en muchos casos, como el de «las alfarerías» de Almería o las de Sorbas. Estos barrios se sitúan normalmente en la periferia del pueblo, como en Níjar, Sorbas o Tabernas⁵. Los talleres suelen estar cercanos a la vivienda, o forman parte de la misma, y no muy lejos de los yacimientos de arcilla. Sin embargo, en la actualidad, muchos de ellos utilizan ya barro importado, más barato y que «ahorra tiempo y trabajo», pero que modifica el resultado final con respecto a las vasijas tradicionales.

La alfarería es quizás la artesanía más popular en la actualidad, la que mejor sobrevive a la crisis de valores de la que estamos hablando todo el tiempo, de hecho es la que menos ha disminuido numéricamente en los últimos cien años en comparación a otras actividades, a excepción de Sorbas, que por datos de Madoz⁶, tenía en el siglo pasado unas veintiséis alfarerías de las que en la actualidad quedan dos. Pero en esta localidad aún se conserva todo un barrio separado del

casco central con la apariencia externa de un pueblo que se dedica a la misma labor, incluso es una visita muy interesante ver el horno árabe exento que aún permanece en pie en el centro de un grupo de casas, las alfarerías, dedicadas a una actividad de cuyo proceso compartían la cocción.

Un caso curioso, del que debemos congratularnos, es el de la recuperación de la serie de piezas de Vera, la cántara, la copa, el frutero, la jarra, la jarra con «sorpresa» y otra pieza con tapadera, todas de gran calidad, barro fino y blanco, que se dejaron de realizar hace unos años, con la desaparición del «alfarero de Vera», pero actualmente su hijo, que no se dedica a la alfarería de forma profesional, ha acondicionado un almacén junto a su casa y está recuperando las piezas que elaboraba su padre.

Nuestra provincia tiene un gran atractivo turístico y, en algunos casos, los visitantes optan por la permanencia en nuestra tierra. Un caso parecido es el de Mathew Weir, afincado en Níjar, que llegó aquí como grabador, aprendió el oficio de alfarero, y en la actualidad es uno de los que más innovaciones está introduciendo en la confección de piezas cerámicas, no sólo en dibujos y motivos decorativos, sino en formas y calidades. Es digno de señalar que consigue una cerámica mucho más fina que la tradicional sin perder la impronta nijareña.

OTRAS ARTESANÍAS

Desde la época romana Almería se ha caracterizado por una tradición cantera y minera: el hierro y el plomo se explotan desde antes de los romanos, pero nuestro momento álgido fue en el siglo pasado en las sierras de Gádor y Almagrera, apoyadas por las demandas de los países europeos. A pesar de que ahora se conozca tan solo el mármol de Macael, en nuestra provincia han existido otras canteras, como las de jaspe negro en Berja o el mármol rojo de Vélez-Blanco

Actualmente, el Valle del Almanzora, donde se encuentran Macael, Fines, Olula, Cantoria..., es el lugar donde se desarrolla una artesanía del mármol muy industrializada, y casi desnaturalizada, que fabrica, y vende piezas por encargo y donde intervienen, con frecuencia, intermediarios.

El haber sido una tierra minera, donde incluso se ha contado con yacimientos de plata en la Sierra Almagrera y de oro en Rodalquilar, y, además, una de las culturas más antiguas y con más restos de metal no ha conseguido,

sin embargo, que sobreviviera hasta ahora ninguna artesanía del hierro o del bronce como para poder desatarla aquí. Sí es cierto que la forja, cuyo momento reciente de más esplendor se puede ver e intuir en las rejas de algunos pueblos, como por ejemplo Cuevas de Almanzora, está siendo recuperada por gente joven que puede que consiga en poco tiempo despertar de nuevo el interés popular en esta actividad.

La agricultura se vio perjudicada por todo este proceso, y con ella las diferentes artesanías: dada la falta de mano de obra campesina, todos los hombres trabajaban en las canteras y en los yacimientos. Pero el agotamiento de algunos de estos yacimientos y sus prehistóricas formas de explotación provocaron la crisis de la minería almeriense. Por otro lado, en Macael el Ayuntamiento favoreció de tal manera las explotaciones, que aparecieron muchas empresas pequeñas y familiares sin posibilidad de mecanización ni modernización, favoreciendo entonces el surgimiento de las citadas empresas de carácter artesanal.

Esto nos puede hacer entender el porqué no ha habido en nuestra provincia una actividad industrial desarrollada, sino meramente familiar y artesana, reducidas a las zonas rurales; lo que ha permitido, hasta cierto punto, la pervivencia de trabajos tradicionales.

EL FUTURO DE LA ARTESANÍA ALMERIENSE

A pesar de todo esto la supervivencia de la artesanía almeriense se puede considerar un milagro. Gran parte de los productos artesanales tradicionales no responden a necesidades actuales, ni siquiera en el ámbito rural, pero algunos no sólo no se ajustan a la demanda actual, sino que intentan competir con el producto industrial, adulterando el producto artesano.

La Administración debe darse cuenta de lo importante que es evitar la pérdida de estas raíces y, en consecuencia, debe ofrecer los medios para que los artesanos se integren en el sistema económico, cultural y educativo general. Y es quizás en la idea de fomentar la pequeña empresa, impulsar a los jóvenes a crear su propio puesto de trabajo, donde han surgido los nuevos Ciclos Formativos, de grado superior y de grado medio, de las Escuelas de Artes, que promueven la formación profesional específica en actividades artesanales. En el caso de nuestra Escuela, se imparten ya ciclos de Cerámica Decorativa, Reproducciones

⁵ Aunque ya no exista ninguna en esta localidad.

⁶ Pascual Madoz, a mediados del siglo XIX, señalaba la existencia de 45 alfarerías en esta provincia. Este número se verá incrementado hacia la primera mitad del siglo XX. Madoz: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1849.

Cerámicas y Forja, entre otros de menos tradición artesanal como son Fotografía o Decoración. Estos nuevos estudios están consiguiendo respuestas positivas entre los jóvenes, que ven valoradas actividades manuales y creativas donde encuentran su propio espacio con facilidad y que presentan amplias posibilidades para el futuro. Esperamos que en esta nueva línea no se queden en el olvido oficios de gran importancia para nuestro patrimonio cultural, como los telares o la confección de guitarras, el cuero y otros.

La continuidad de las formas y producciones artesanales se debe garantizar para disfrute de generaciones futuras mediante la labor de talleres y Museos de Arte Popular. Lo artesano debe ser auténtico, sólo así mantendrá

el mercado y se justificará la defensa que de ella debe hacer la Administración, ya que será parte importante de la cultura en la que se ubica y de la que procede. La artesanía se ha de esforzar por formar parte fundamental de la cultura, se le ha de asegurar una estructura económica mínima. Socialmente se debe fomentar el trabajo artesano, tarea que corresponde a la sociedad en general, ya que tenemos que comprender que sin los artesanos, sin sus productos y sin sus técnicas, las costumbres hubieran sido diferentes, y por ello el sector puede y debe exigir una renovación. La artesanía no puede competir con la industria, pues su valor está en el sello personal, en el elemento diferenciador: el artesano es el profesional libre y creador.

Pero también debemos procurar que las nuevas producciones sean el resultado de la recreación de la tradición y de la modernidad y no «fusilamientos» de culturas pasadas vendidas como nuevas creaciones.

La artesanía encuentra su entorno ideal cuando la creación de los objetos sólo atiende a las limitaciones del medio, al encuentro directo entre artesano y oficio, cuando el hombre comprende el uso de los materiales y se sirve de ellos con una economía de medios, y de trabajo, cuando es y se siente libre para organizar su entorno según sus necesidades, cuando los objetos se corresponden al producto de su trabajo, cuando ejerce su labor en beneficio directo de miembros concretos de su comunidad.